



RICARDO
LAGOS

Mi vida

De la infancia a la lucha contra la dictadura

Memorias I

DEBATE

Extracto del Capítulo 1
de la Cuarta parte

RICARDO LAGOS

Mi vida

De la infancia a la lucha contra la dictadura

Memorias I

DEBATE

Mi vida. De la infancia a la lucha contra la dictadura

Primera edición en Penguin Random House: diciembre de 2013

© 2013, Ricardo Lagos

© 2013, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile

Teléfono: 2782 8200

www.megustaleer.cl

Editor literario: Juan Andrés Piña

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Chile - Impreso en Chile

RPI: 235.576

ISBN N° 978-956-8410-86-5

Diagramación y composición: Amalia Isabel Ruiz Jeria

Impreso en CyC Impresores Ltda.

Para Luisa, compañera de viaje

DETENIDO POR «PROFESIONALES»

El atentado fue rudo conmigo. El lunes siguiente a este episodio yo debía levantarme muy temprano para tomar un avión a Montevideo, donde haríamos una asesoría al ministro del Trabajo uruguayo. Era la segunda misión de este tipo que yo encabezaba, también con el mismo ministro. Mis compañeros de misión se habían ido ya el domingo para comenzar con las reuniones ese lunes a primera hora. Yo me había excusado de viajar antes porque quería pasar el fin de semana con mi familia.

Efectivamente, ese domingo 7 tuvimos una serie de actividades con Luisa y nuestros hijos, como ir en la mañana al pueblo de Los Dominicos y después dar un paseo con mi madre. Tomamos té con ella y después la fui a dejar a su casa. Cuando regresé, me dieron la noticia que ya difundía la radio y la televisión: «Atentado a Pinochet». Fue una gran conmoción. A pesar de que yo lo veía como un suceso lejano a mi

participación en la vida política, no podía dejar de pensar en que nuestra batalla pacífica por la recuperación de la democracia podía verse afectada. Se trataba de un acontecimiento de grandes proporciones y nada bueno para el país ni para nosotros podía resultar de aquella acción armada. Estuvimos hasta tarde viendo las noticias en la televisión junto a mis hijos y mi cuñado Pedro Durán, que había regresado a Chile tan pronto apareció en una lista de autorizados para retornar. Allí se informó de la muerte de los cinco escoltas y también apareció el dictador con una mano vendada, junto a un acribillado vidrio de su automóvil Mercedes Benz donde, supuestamente, se podía reconocer la imagen de la Virgen: ella lo habría protegido de morir, decían sus más fervorosos partidarios.

Finalmente nos fuimos a acostar a medianoche. Pero claro, conciliar el sueño luego de una conmoción de esta naturaleza no era fácil y entre lo que habíamos visto en televisión y el pensar en las obligaciones del día siguiente, me convencía de que no era lo más adecuado dejar el país en ese momento. Lamentablemente, en ese tipo de misiones no se

puede decir que no: es una falta de seriedad. Debía embarcarme temprano.

Estaba entonces en esa etapa que antecede al sueño profundo cuando desde lejos escuché la voz de mi hijo Alejandro decir «Lagos, te buscan», como si fuera algo normal. (Ellos no me decían ni me dicen «papá» ni «padre»: simplemente «Lagos», a diferencia de mis hijas). Era la una y media de la madrugada. Prendí la luz del velador y vi a varios tipos parados ya dentro de nuestro dormitorio. Quizá por su exiguo tamaño me pareció que se trataba de un número mayor, unos seis u ocho hombres apostados alrededor de nuestra cama, apuntándonos con sus armas. La situación era ridícula: yo en pijama, Luisa en camisa de dormir y esta gente invadiendo todo el lugar. Desde la puerta, Alejandro me dijo «te quieren llevar» y se fue. Naturalmente reaccioné muy molesto y después de la sorpresa inicial les pregunté:

—¿Quién los autorizó a entrar, qué hacen aquí?

—Somos de la policía y tenemos orden de llevarlo detenido. Pero, señor, no se preocupe, nosotros somos profesionales —me contestaron. Se trataba de una explicación vacía y absurda. ¿Profesionales? Solo después lo entendería. Les pedí identificación,

y ellos simplemente me contestaron: «Señor, mejor se levanta y nos acompaña». Luisa les preguntó si podía llamar a un abogado. Le dijeron que sí. Se comunicó entonces con un viejo amigo nuestro, el abogado Carlos Ugarte, y le contó lo ocurrido. «¿Se identificaron?», le preguntó él. Luisa le contestó que se trataba de civiles no identificados. Cuando los policías escucharon esto se molestaron y replicaron que eran policías de Investigaciones. Llamé entonces a Gabriel Valdés y luego a Víctor Tokman, director de Prealc, para explicarles que se complicaba mi misión a Uruguay.

Me vestí delante de los policías con la misma ropa que tenía puesta el domingo, mientras nos seguían apuntando. Yo daba por obvio que mi detención tenía que ver con el atentado. Mientras ocurría esto pensaba al punto que habíamos llegado: alguien quiso matar a Pinochet y este se aprovecha de la circunstancia para detener a los opositores. Cuando iba saliendo me dijeron que en el cuartel de Investigaciones hacía mucho frío y que me abrigara con algo más grueso, así es que me puse un gamulán que había comprado en Argentina. Era mi orgullo esa chaqueta (de gamuza y forrada en piel), cruzada,

con dos corridas de botones, modelo no muy habitual en Chile. Fue mi salvación para enfrentar los días que vinieron luego y en especial las noches que eran heladísimas. Por los servicios prestados es que nunca me he deshecho del gamulán.

Nuestra casa quedaba al fondo de la comunidad. Varios vecinos salieron a ver qué pasaba. Mis hijos me despidieron en la puerta y Pedro Durán me acompañó hasta la entrada. Afortunadamente, la Panchita, en esa época de solo once años, no se despertó. Me pareció que el trayecto entre la puerta de la casa y la calle era eterno. A medida que recorría los extensos doscientos metros que me separaban del portón del condominio y mientras sonaba la gravilla bajo mis pies, íntimamente me recriminaba por no haber viajado el domingo a Montevideo, a la vez que sentía la angustia de no saber cuál sería mi destino, qué querían de mí y de qué manera me vincularían con una acción que yo, por cierto, condenaba.

Luisa me acompañó y al llegar a la calle Carlos Osandón vimos estacionados dos autos de Investigaciones.

—¿Ve, señor, que nosotros somos profesionales? Estos son vehículos de Investigaciones —me dijo uno de los funcionarios.

—Bueno, no creo que a la CNI le cueste mucho tener vehículos iguales a los de Investigaciones —les repliqué.

Me hicieron sentar en el asiento trasero, en medio de dos policías armados. Inmediatamente después del atentado, el Gobierno decretó el estado de sitio y toque de queda, por lo que las calles estaban vacías. Viajamos velozmente hacia el poniente, en medio de un Santiago silencioso, frío y solitario. Los funcionarios que iban a mi lado apuntaban sus armas hacia fuera. Eran metralletas, armas grandes, y no simples pistolas. En las cercanías del Parque Forestal anduvimos paralelamente con un par de autos y se intercambiaron algunas comunicaciones entre ellos. Después me dijeron que los otros vehículos eran de la CNI: habían pedido que yo les fuera transferido a ellos.

Llegamos al cuartel de General Mackenna y entramos por la parte trasera del edificio. Mostrándome el recinto, me insistieron en que ellos eran profesionales; al menos no habían mentido, ya que en efecto se trataba de las dependencias de Investigaciones. Me dejaron en una pieza donde había un par de sillas y una mesa. Sobre ella, una máquina de escribir Underwood, muy

grande. Entró un detective distinto a los que me habían detenido.

—Le voy a tomar declaración, señor —me dijo.

Empezó con la pregunta de quién era yo, cuál era mi actividad profesional, si era opositor a Pinochet y otras cosas que cualquiera sabía sin necesidad de interrogarme. Luego me consultó qué había hecho ese día domingo.

—Señor, qué cosas pregunta usted —le contesté—. Hoy estuve con mi familia en la casa, como cualquier domingo. Mire, la verdad es que me tengo que ir rápido porque debo tomar un avión para viajar a Montevideo por asuntos de trabajo.

Obviamente, esa respuesta no le gustó al policía, y tuve que detallarle las actividades de ese día: nos habíamos levantado tarde y cerca del mediodía fuimos con Luisa al pueblito de Los Dominicos, porque estábamos buscando unos veladores para la casa de mis suegros en El Quisco. En ese momento me interrumpió.

—¿Hay testigos de esas actividades, alguien los vio? —me preguntó.

—No, nadie que yo recuerde —le contesté.

—Pero cómo, había gente, supongo —me replicó.

Ahí me acordé de que a la salida del lugar habíamos saludado a la señora Alicia, esposa de Miguel Solano, el embajador de España en Chile. A ella la conocíamos porque en esos años se hacía bastante vida política en las embajadas y éramos amigos de ambos. El funcionario de Investigaciones movió la cabeza y me contestó:

—Eso no me sirve, señor. Esa testigo tiene inmunidad diplomática y no va a venir a declarar.

—Y qué quiere que haga, si no me encontré con nadie más... —le dije.

Continuamos con el interrogatorio. Le seguí relatando mi día. Después de las compras volvimos a la casa y nos encontramos con la mala noticia de que a Teodoro, el perro de la familia, lo habían atropellado. Lo llevamos a una clínica veterinaria en la calle Tomás Moro. Le di la dirección.

—¿Y dónde está el perro? —me preguntó enseguida.

—En la misma clínica, porque estaba grave y quedó «en observación» —respondí.

Después me enteré de que durante la semana, personal de Investigaciones había ido a ese centro veterinario a corroborar mi historia. Los encragados

de la veterinaria, muy amables, llamaron para decir que no nos preocupáramos, que cuidarían a Teodoro mientras tanto.

Continué con el relato del resto de mis actividades de ese día: almorzamos rápidamente, fui a buscar a mi madre y con Luisa la llevamos a visitar la iglesia de los Benedictinos. Luego volvimos a la casa, tomamos once con ella y la fui a dejar a su casa.

El policía me explicó que esa parte de la historia tampoco le servía, porque evidentemente mi madre no podía ser testigo.

Seguí hablando. Al volver a la casa nos informamos del atentado. En medio del impacto de una noticia de ese calibre, nuestro hijo Hernán nos contó que se había lesionado el tobillo cuando jugaba rugby. Le dolía mucho desde temprano, pero no quiso decir nada, esperando aliviarse con el paso de las horas. Lo llevamos a la clínica Alemana alrededor de las ocho y media, le pusieron yeso y estuvimos ahí hasta las once de la noche, más o menos. ¡Por fin tenía testigos válidos para Investigaciones!

Pero el problema para este funcionario era que entre el viaje con el perro al veterinario y la atención de Hernán en la clínica Alemana no existían testigos de

dónde había estado yo y qué había hecho. Lo grave es que esas horas donde, según ellos, no se conocían mis actividades, coincidían con el atentado a Pinochet. Por otro lado, nadie me llamó por teléfono durante el día, porque se suponía que estaría fuera de Chile. En todo caso, era evidente que resultaba difícil «probar mi participación» en el atentado, ya que no podría haber vuelto tan rápidamente desde El Melocotón hasta la clínica.

Cuando terminé mi declaración me extendieron un papel con el texto y lo firmé.¹ Pedí hacer una llamada. Me comuniqué con Luisa y ella me contó que había llamado a muchísimas personas, incluso de Europa, y que iba a descansar, porque a la mañana siguiente tenía mucho trabajo a raíz de la detención.

Al finalizar me llevaron al segundo piso del edificio de Investigaciones. Se entraba por atrás y era impactante: parecía la cárcel de una película norteamericana, de barrotes grandes y con bisagras que rechinaban. Me condujeron a La Patilla, el nombre que le daban a una de las seis celdas del lugar. Tendría veinte metros cuadrados, aproximadamente. En ese momento ya había algunas personas adentro. El

¹ Fotocopia de la declaración en archivo de FDD.

inhóspito lugar carecía de todo mobiliario y tenía un orificio al medio, y un desnivel: eso era lo que entendían por el baño del lugar. Esta pobreza de recursos era, lógicamente, otro mecanismo para rebajar la dignidad de quienes estaban allí recluidos.

Con el correr de las horas empezaron a llegar más personas a nuestra celda: el dirigente socialista Germán Correa, el comunista Guillermo Sherping, el padre Rafael Maroto y un señor Tapia, al que nadie conocía. Él explicó que no tenía ninguna relación con las actividades políticas, pero se llamaba igual que algún dirigente del MIR o del Frente, y que cada vez que pasaba algo así lo tomaban preso. Más tarde aparecieron dos curas extranjeros, con uno de los cuales me encontré años después, como Presidente de la República, en Nueva York, en una reunión con la comunidad chilena.

En La Patilla debíamos permanecer de pie o sentados en el suelo. En una de las paredes se destacaba algo así como un muro saliente, que servía de asiento. Como yo había llegado relativamente temprano, pude usarla para no dormir en el suelo: lo hacía de lado en el muro. Esta posición me provocó después dolores en una cadera por bastante tiempo. Apenas debo haber alcanzado a dormir una hora.

Temprano por la mañana nos llamaron a formar fila y leyeron una lista para verificar que nadie hubiera huido. Ello se repetiría todos los días que estuvimos ahí, a las seis de la mañana en punto. Enseguida nos pasaron una taza con café y un trozo de pan. Sería nuestro desayuno habitual, mientras que a la hora de almuerzo y en la noche nos darían un plato de porotos o sopa.

Cuando la luz del día alumbró nuestra celda vi que las otras estaban prácticamente llenas de delinquentes comunes. Con ellos nos formábamos todos los días al pasar lista. A eso de las nueve de la mañana me llamaron. En un incomprensible optimismo pensé que ya había pasado todo, que me pedirían disculpas y que alcanzaría a tomar un avión para Uruguay. Me llevaron al primer piso de Investigaciones y después a una oficina que estaba justo en la esquina de General Mackenna con Teatinos. Pertenecía al departamento de relaciones públicas, amplia y bien amoblada. Se presentó el comisario a cargo y me explicó que el director de Investigaciones consideraba que esa oficina era el lugar adecuado para que yo recibiera al consejero político de la Embajada de EE.UU., Donald Tomking, que quería verme. Yo no lo conocía.

Tomking me explicó que me visitaba por instrucciones del embajador Barnes, que tanto él como la gente de Washington estaban preocupados y que quería un informe para saber si yo estaba en buen estado físico y si me habían torturado. Me pidió que le contara qué había hecho el día domingo. Relaté nuevamente la historia, donde descarté, obviamente, cualquier conexión con el atentado. Le aseguré que estaba bien de salud, que no me habían torturado. Después de ese diálogo me llevaron de vuelta a La Patilla.

Media hora más tarde me volvieron a sacar. Me condujeron a la misma oficina donde estaban Patricio Aylwin y Alejandro Hales, con quienes pude conversar un rato. Aylwin era en ese momento vicepresidente del Colegio de Abogados y entiendo que Hales era miembro del Consejo de la Orden. Oficialmente me iban a ver en tanto «colegas». Analizamos qué efecto tendrían los sucesos de las últimas horas en el futuro político del país. Al término del encuentro me quedé conversando con el comisario, y por él me enteré de que, por disposición del director, si tuviera otras visitas tendría que recibirlas allí. En fin, durante los próximos días ese lugar se transformó casi en mi oficina privada. Fue mucha gente a

verme y ello se debió al incansable trabajo de Luisa, que había llamado a todos nuestros amigos de Chile y el extranjero, a organizaciones de derechos humanos, pidiendo audiencia además con varios embajadores. La información de esta purga de Pinochet ya se conocía en el mundo. Incluso cuando todo hubo pasado pude ver la fotografía de una joven estudiante universitaria sosteniendo un letrero que exigía mi liberación... en Washington D.C.

Más tarde del mismo lunes, ya cerca del mediodía, me llamaron nuevamente, pero esta vez no me llevaron a la oficina del comisario, sino que hicimos un camino distinto. Al llegar al primer piso me llevaron hacia la parte de atrás del cuartel y abrieron una reja y ahí vi que en un banco pegado a la pared estaba sentada mi madre, arropada en su abrigo, protegiéndose de la fría mañana santiaguina. En mayo había cumplido noventa años, aunque se veía más joven cuando se levantó a abrazarme. Me emocioné al sentirla cerca y percibir ese aroma tan propio de ella, que me trasladaba a mi niñez. Sin duda que más fuerte que la vista o el oído, el olfato nos transmite gratos o ingratos recuerdos.

—No te vayas a quebrar —me dijo de inmediato—. Resiste, todo el mundo está preocupado por ti,

hay que mantenerse firme. Cuando llegué —continuó— me dijeron que hoy no era día de visitas, así es que entré al cuartel por atrás y les dije que quería verte.

Sorprendidos, los policías le explicaron que no podía estar ahí y ella respondió: «Atrévase, sáqueme, yo no me muevo hasta que vea a mi hijo». Entonces, el oficial a cargo la dejó permanecer sentada ahí. Me contó que estaba bien y que volvería a visitarme. Antes de irse me entregó un paquete con algo de ropa. En medio de una camisa apareció un papelito que decía: «El *mundo* pide tu libertad. De verdad. Con amor, Luisa».

Es increíble cómo en esas circunstancias un mensaje tan modesto induce al optimismo. Me sentí reconfortado: no estaba solo. No me pareció oportuno conversarlo con mis compañeros de celda y ahí quedó, en un bolsillo. Luisa se había comunicado temprano con mi madre para informarle de mi detención, adelantándose a que supiera la noticia por la radio. Y entonces ella decidió ir a verme.

De vuelta con el policía tuve que ratificar mi declaración. Al finalizar ese día, o al día siguiente en la mañana, me llamaron para ficharme. Les dije que el decreto de estado de sitio no autorizaba abrir una ficha de los

detenidos, pero igualmente lo hicieron. Eso explica por qué aparezco tan molesto en la foto de mi detención, donde claramente se distingue el famoso gamulán.

El martes en la tarde me interrogaron nuevamente, aunque ahora el procedimiento fue distinto. Entré a una sala sin ventanas donde estaban dos sujetos, esta vez sin máquina de escribir. La mesa era muy angosta; al frente de ella se ubicó uno de ellos y el otro permaneció de pie.

El que estaba sentado me explicó que querían saber más de mí, conocerme un poco. Fue un interrogatorio largo y no se limitaron solo a indagar por mis actividades ese domingo, sino que las preguntas se extendieron a temas políticos de la actualidad chilena. Ahí me di cuenta de que buscaban involucrarme como un autor intelectual del atentado. En síntesis: ellos podían creerme que yo no había disparado contra Pinochet, pero pensaban que yo había trabajado en la planificación del operativo. Les expliqué que mis declaraciones políticas siempre eran públicas, que todos sabían qué opinaba y que para nadie era un misterio que era de oposición. Sin embargo, les insistí, eso no implicaba que yo estuviera involucrado en el atentado ni en otras acciones similares de violencia armada.

Cuando terminé de exponerles esto, y ante lo reiterativo de mis respuestas, el otro funcionario que estaba de pie tomó la iniciativa del interrogatorio, con un tono radicalmente distinto, muy agresivo:

—Lo voy a interrogar yo. Ahora vai a entenderte conmigo, mírame cuando respondís, porque yo sé si estái mintiendo —empezó. Incluyó gritos, groserías de grueso calibre y varias ofensas. Después de unos minutos tuve una reacción que puede aparecer absurda mirada desde hoy y carece de explicación, aunque fue muy efectiva:

—Señor —le repliqué—, ¿quién lo ha autorizado a usted para tutearme?

Esperé algún golpe después de mis palabras, pero recuerdo ante mi estupor que el sujeto bajó la vista y el primero que me había interrogado le dijo:

—Viste, si yo te dije que el señor Lagos era un caballero. ¿Te imaginas que él nos tratara así? —y siguió conversando conmigo.

Es decir, intentaron hacer el conocido juego del «policía bueno» y «el policía malo», aunque este último no cumplió su papel. Ahí no me cupo duda de que se trataba de miembros de la CNI. En todo caso, en mis días de detención jamás me golpearon y entiendo

que ocurrió lo mismo con el resto del grupo: únicamente interrogatorios.

Ya el martes 9 de septiembre la noticia de la detención de personeros opositores era conocida por todo el mundo y fue ampliamente difundida por la prensa. Así lo consignaba el diario *Las Últimas Noticias*, por ejemplo: «Policía de Investigaciones informó que mantenía detenidas a dieciséis personas en sus dependencias por orden del Ministerio del Interior. Estas son: Mario Araneda Espinoza, Eugenio Valenzuela Carvajal, René del Carmen Tapia, Rafael Víctor Maroto, Ricardo Lagos Escobar, Víctor Germán Correa, Andrea Palma, Guillermo Juan Scherping, Claudio Humberto Venegas, Carlos Manuel Díaz, Jorge Orellana González, Mario Antonio López, Pedro Alejandro Castillo, Patricio Hales Dib, Luis Armando Mena y Pascual Barraza Barraza.

»Investigaciones informó también que todos han tenido visitas de familiares. Alberto Cardemil, subsecretario del Interior, señaló al respecto que “hay algunas personas arrestadas en virtud del estado de sitio por aparecer en situaciones de alteración y de fomento de un clima de anormalidad”».

Por su parte, en su edición del día 12 de septiembre, el diario español *El País* informaba que «la escalada represiva se mantuvo ayer, cuatro días después del atentado contra el general Pinochet. La Dirección de Comunicaciones informó que 44 dirigentes políticos y sociales están detenidos en el cuartel central de la Policía de Investigaciones. Según el Gobierno, están acusados “por su vinculación explícita con las acciones de violencia y subversión del orden establecido, por haberlas promovido, justificado o haber creado las condiciones para que aquellas prosperen”».

Estuvimos en La Patilla durante tres días que resultaron agotadores, no solo por el hacinamiento, la incomodidad de carecer de una miserable silla y la escasa comida, sino porque desde ahí nada podíamos hacer por nuestra liberación. Sabía que debía moverme un poco, hacer algo de ejercicio, pensar en otra cosa, y entonces descubrí que si caminaba en diagonal por la celda alcanzaba a dar cinco pasos. Recordé que cuando estudiaba para el examen de grado de licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales en la casa de mi madre, me paseaba de un lado a otro del living. Ahí alcanzaba a dar siete pasos: era esencial que el número de pasos fuera impar para no dar vuelta

siempre hacia el mismo lado y marearse. Se los expliqué a mis compañeros de prisión, pero mi propuesta no tuvo ningún eco. Se reían cuando hacía mi rutina de veinte minutos diarios: «¿Saliste a estirar las piernas?», me decían, aunque todos entendían que cada uno se aferraba a algo para matar el tiempo. Por ejemplo, como arriba había una ventana que daba a un patio interior, Scherping se sentaba ahí en cuclillas y se quedaba inmóvil mirando hacia afuera.

En ese momento ya éramos doce personas detenidas en esa celda. Había llegado el arquitecto Patricio Hales, vocero público del Partido Comunista, a quien su padre, Alejandro, le recomendó que si en algún momento lo llevaban preso pidiera estar conmigo. Y eso hizo: una noche escuché que un guardia gritaba mi nombre, lo que me produjo un razonable temor, porque no era hora para llamar a nadie. Respiré tranquilo cuando no me sacaron, sino que arrojaron a Patricio en nuestra celda.

En algún momento de esos primeros días apareció el director de Investigaciones, el general Fernando Paredes, a quien había conocido hacía algún tiempo en una de esas recepciones de embajada. Cuando me vio estiró una mano entre los barrotes

para saludarme. Dudé en estrechársela, pero primó mi carácter civilizado y lo hice. Al ver las condiciones de nuestra detención arrugó la nariz y me dijo que daría instrucciones para que me llevaran a un lugar más cómodo.

Al momento de concretarse la oferta les expliqué que éramos doce personas y que debían trasladarnos a todos. Yo estaba preocupado de que no hubiera distinciones entre nosotros. Me replicaron que no tenían espacio para todos, y les contesté que aunque fuera pequeño, pero con algunas comodidades, nos arreglaríamos bien. En Investigaciones acogieron mi petición y nos reubicaron a todos en dos piezas en la entrada de la galería de los presos. Eran bastante chicas, pero cada una tenía un camarote con colchones. Pasar de una celda a la otra era relativamente fácil, y podíamos ir a un baño privado y ya no ocupar ese denigrante hoyito en la mitad de la celda. A pesar de la estrechez y de que debíamos hacer turnos para dormir en las cuatro camas, nuestra sensación fue haber llegado a un gran hotel cinco estrellas.

Una larga y brillante trayectoria académica y política en la que se destacó como un luchador contra la dictadura militar da cuenta de la figura de Ricardo Lagos, que se convirtió posteriormente en el primer Presidente socialista chileno tras la recuperación de la democracia y en un reconocido estadista a nivel mundial.

En este volumen de sus memorias —de los dos que conformarán la obra— el autor recorre los primeros cincuenta años de su vida, desde su infancia en el Chile republicano rodeado fundamentalmente de las mujeres de su familia, pasando por la etapa del Instituto Nacional que lo marcó, hasta los estudios de Derecho en la Universidad de Chile y el doctorado en Economía en la Universidad de Duke, donde vivió la honda y progresiva transformación social contra la segregación racial, que era una realidad cotidiana. De vuelta en su país, Ricardo Lagos narra con emoción los años del Gobierno de Salvador Allende y la vida tras el golpe de Estado, en que perdió a amigos y debió sacar la voz en lo que fue una gesta heroica colectiva para derrotar a la dictadura. La estrategia de los opositores para ganar el plebiscito de 1988 precede a la incontenible alegría del triunfo que significó devolver al país a una senda democrática.

La emoción de la política, las ideas progresistas, la fundación del Partido por la Democracia, la vida íntima con la familia, los libros escritos y leídos, la influencia de los viajes, la música y la cultura son algunos de los trazos de este espléndido cuadro biográfico e intelectual de una vida dedicada a la política. Unas memorias absorbentes, excepcionales.

